

DOÑA MARIA CORONEL.

En el cuadro triste y sombrío que se despliega á vista del historiador, cuando llorada la dolorosa catástrofe del vencedor de Tarifa y de Algeciras, fija sus investigadoras miradas en el reinado del Rey D. Pedro, sobresale brillando con los resplandores de la virtud, la hermosa figura de una noble castellana, digna de eterna memoria y de que á su alabanza dedicasen sus mejores cantos los poetas, sus mas inspiradas obras los artistas.

Entre los magnates, que escitados por las violencias del monarca, ó siguiendo la constante costumbre de los próceres castellanos, alzaron bandera de rebelion contra D. Pedro, hallóse D. Alfonso Fernandez Coronel, antiguo mayordomo de Doña Leonor de Guzman, que abrazando el partido de los de Lara, fortificóse con sintomas de rebelion en su villa de Aguilar, en Andalucía, villa que en otro tiempo le habia disputado el ilustre aragonés D. Bernardo de Cabrera. Al tener noticia de los propósitos de D. Alfonso, el monarca, que se hallaba en Ciudad Rodrigo, tomó apresuradamente el camino de Andalucía, y llegado que hubo cerca de Aguilar, envió delante á su camarero mayor D. Gutierre Fernandez de Toledo con el pendon real y algunas tropas, juntamente con el jefe de los ballesteros, para que requiriesen al magnate dejase franca entrada al Rey en la villa. Negóse á ello el altivo Fernandez Coronel, alegando que siendo señor de Aguilar, no estaba obligado á recibir al Rey de aquella manera acompañado, con cuya respuesta los guerreros de D. Pedro atacaron las

barreras de la villa, aunque teniendo que volverse mal parados por las piedras y saetas que les arrojaron desde el adarve.

Irritado el monarca, ordenó el secuestro de todos los bienes del rebelde magnate, y despues de sofocar en breve tiempo otra sedicion que en Asturias habia levantado el bastardo D. Enrique, acudió sobre Aguilar con máquinas de batir dando repetidos asaltos, sin que á pesar de tantos esfuerzos ofreciese la villa señales de rendirse, y viéndose obligado el rey á pasar acampado delante de ella todo el invierno. Pero al llegar los primeros dias de febrero de 1353 derribado un lienzo del muro, y despues de un asalto general y decisivo, pudo el monarca penetrar en la poblacion con su hueste, pero sin que por ello se rindiese todavia el altivo vasallo. Refugiado en una torre de la fortaleza resistió largo tiempo, hasta que vencido por el número, quedó prisionero, pronunciando aquellas célebres palabras, que retratan el carácter castellano de aquellos tiempos: *Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.*

Lejos de mostrarse clemente D. Pedro y generoso despues del triunfo, siguiendo los impulsos de su sanguinario carácter decretó la muerte de D. Alfonso Fernandez Coronel, que pereció á manos de los soldados del Rey y á presencia suya, decapitando tambien en seguida y delante igualmente del monarca á otros varios caballeros del bando de D. Alfonso.

Entre estos desgraciados magnates hallábase D. Juan de la Cerda, yerno del señor de Aguilar, quedando así huérfana y viuda en un dia la hija de este y esposa de aquel, modelo de hermosura y dechado de virtud.

Temerosa de la terrible persecucion de D. Pedro, refugióse en un monasterio de Sevilla, decidida á pasar el resto de sus dias entregada á la oracion, por los tristes seres que lloraba perdidos. Pero no habia de gozar mucho tiempo la triste calma que deseaba en aquel piadoso retiro. El impetuoso monarca de Castilla se habia prendado de su belleza, y para D. Pedro no existian vallas ni obstáculos, cuando marchaba ciego por sus impúdicos deseos. Sin respetar siquiera el

dolor de aquella infortunada hija y triste esposa, á quien él mismo habia arrebatado tan cruelmente su ventura, tuvo la inconcebible osadia de requerirla de amores. La digna esposa de D. Juan de la Cerda rechazó horrorizada la amorosa propuesta del inhumano verdugo de su padre y de su esposo; pero D. Pedro constante en su indigno propósito, y sin respetar el sagrado asilo donde la desdichada víctima se habia refugiado, decidió robarla y conseguir por la fuerza lo que de grado nunca hubiera conseguido.

El peligro era inminente: la voluntad de D. Pedro irresistible: nadie podia defender á Doña Maria, y la limpia honra de su casa iba á morir tambien á manos del mismo que habia arrancado la vida al padre y al esposo de la noble castellana.

En tan supremo instante, sólo un medio se presentó á la desdichada hija de D. Alfonso; medio terrible, cruel, seguro; pero cuya realizacion necesitaba un valor heróico. El incentivo de su hermosura era el estímulo que arrastraba al monarca, y Doña Maria decidió destruir su hermosura. No recurrió para ello al medio vulgar del suicidio, que entonces su resolucion hubiera sido cobarde. Decidió desfigurarse el rostro, y de tal modo que nunca volviesen á aparecer en él los tentadores encantos de su pasada belleza, y cogiendo para ello un puñal, hirióse con heróica crueldad y con valor incomparable el rostro con tantos y tan repetidos golpes, que difícilmente pudieran reconocerse en aquel destrozado semblante, las huellas de su peligrosa hermosura.

¡Sublime accion, digna de renombre eterno; ejemplo elocuente, que nunca debieran borrar de su memoria las damas españolas, hoy que tan fácilmente se aquietan las conciencias buscando fáciles pretextos á la liviandad, como si esta pudiera encontrar alguna vez disculpa!

Doña Maria Coronel completamente desfigurada, triunfó al realizar su noble designio, no solo aplacando sino estinguendo la odiosa pasion de aquel indigno monarca; y al perder la hermosura del rostro engrandeció de tal modo la hermosura de su virtud, que no hay voces bastantes para enaltecerla y ensalzarla.

El resto de la vida de aquella virtuosa matrona pasó rápidamente, viviendo retirada, entre la oracion y la caridad. La historia no ha transmitido ningun otro hecho de su vida; pero ¿qué otro se necesita si el que va narrado, basta por si solo para inmortalizar su nombre y á la patria que le sirvió de cuna?



MUJERES CÉLEBRES.

D^A JUANA MANUEL MUJER DE ENRIQUE II.
(LA MADRE DE LOS POBRES.)